

RELÁMPAGOS

EDUARDO MARTÍNEZ RICO

RELÁMPAGOS



1ª edición, 2015

Diseño de la cubierta: Francisco M. Mesa García

Editorial DALYA

Jilguero 14

11100 San Fernando

www.edalya.com

© del texto, Eduardo Martínez Rico

© Desarrollo de Ámbitos de Lectura y Aprendizaje S.L.

Reservados todos los derechos sobre este libro. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, multimedia o digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-944095-7-8

DL CA 345-2015

Impreso y encuadernado en MASQUELIBROS

Printed in Spain / Impreso en España

Para Agustín Sánchez Vidal y Luis Alberto de Cuenca

¿Qué ocultan las personas? ¿Qué ocultamos?

Mi mujer murió el día en que yo maduré.

Una frase así no tendría por qué explicarla. Es transparente. Pero creo que debo hacerlo. No me gusta el absurdo. Tampoco creo en él. Ya ha tenido mi vida demasiada apariencia absurda como para que yo haga un alarde brillante de ella, de esa apariencia, absurda.

No es que yo madurara el día que murió mi mujer. Fue exactamente al contrario.

Cuando hablamos de la madurez de las personas, que por lo visto es el estado ideal que cualquier ser humano puede alcanzar, no nos detenemos en la idea de que todo lo que ha madurado empieza a pudrirse. Sin remedio.

Mejor que madurar, me parece mucho más apetecible tender a ese estado que llamamos madurez. Tender sin parar, hasta el fin, pero nunca llegar hasta ese punto, como lo alto de la montaña, en que solo se puede descender. Estoy simplificando. Lo maravilloso sería alcanzar la madurez justo en el momento de morir.

Hablo como si estuviera por encima de las cosas, de las ideas, de las personas, de todo. Pero no estoy por encima de nada. Ignoro si los cadáveres tienen conciencia de su propio ser, de su

propia putrefacción, de esa evolución de la materia, quizá antes o después evolución espiritual, para algunos. Puede que yo sea uno de esos cadáveres.

¿Cuándo morimos?

Morir.

Es un buen tema.

La gente, cuando habla, si habla, de la muerte, lo hace con mucha ligereza. En el fondo no nos tomamos en serio ni a nosotros mismos. Eso, bien pensado, es maravilloso, siempre que podamos vivir, que no lo hagamos continuamente. El no tomarnos en serio a nosotros mismos. La muerte nos torna graves, aunque la neguemos.

Divago.

Estaba explicando una simple frase. Me da risa, pena, repetirla: «Mi mujer murió el día en que yo maduré.» Quise decir «que terminé mi proceso de maduración». Pero es mucho más complicado, y aunque no tiene sentido, voy a seguir divagando.

Lo vi claro aquel día. Yo sabía, entonces lo supe, no sé por qué, que mi mujer se iba hacia otro lado. (Utilizo tópicos, soy consciente, pero estamos hechos de tópicos.) Mejor “se iba”, solo eso. Pero ¿qué se iba exactamente, qué me quedaba a mí, qué le quedaba al mundo de ella? Lo sabía. Y también que yo no la seguiría, no en ese momento. ¿La seguiría alguna vez? Es otro tema, y, es curioso, entonces no me preocupaba. Cuando muere

una persona nos regodeamos en la pérdida, no en el deseo de volver a verla, transfigurada.

No creo en el absurdo, pero parece absurdo que yo le dé vueltas a esto. ¿Va a cambiar en algo lo que no me necesita a mí para seguir ocurriendo? O sí me necesita, pero solo para tomarme como objeto, precisamente para seguir ocurriendo. Pero sin contar conmigo. No sé si me explico.

¿Cómo llegamos a estas certezas? Nadie lo sabe. Quizá yo sea raro, peligrosamente raro. Ella me lo decía, pero ¿cuántas veces no nos lo dice todo el mundo, no nos lo decimos constantemente, sin que nadie nos oiga? Y sin embargo el ser raro, en el fondo, nos parece un orgullo.

Hay que ser humildes. Todos somos tan raros que somos *normalmente* raros.

No debí estudiar Filosofía. Me dio un lenguaje para desarrollar con palabras mi supuesta rareza. La rareza es mejor que quede sin desarrollar, sin explicar, si no se tiene la suerte de pasar a la Historia por ella, por su formulación en palabras. O con cualquier otro tipo de formulación. Yo me quedé en el medio. Es mejor que se transmita por hechos, por actitudes, por simples gestos. ¿Existe un tratado sobre la rareza de las personas? Sería excepcional. Tiene que haberlo. Ella me decía que lo escribiera, pero yo soy incapaz de escribir más de dos folios que no sean análisis sobre lo que otros han dicho.

Debo de ser un cobarde. Otra idea interesante.

Aquel día yo empecé a pudrirme.

¿Es esto morir?

El carnicero hace su trabajo, parte de su trabajo. Es decir, corta carne.

Da gusto verle. No ha hecho otra cosa en su vida que cortar carne, lonchas más finas o más gruesas, según se las pide el cliente. Eso es lo que piensas, aunque ese hombre ha hecho mucho más que cortar carne, y sigue haciendo mucho más. Pero su trabajo le dice: «Tú, cortar carne, preparar bandejas; ante el mundo eres eso, carnicero.» Ojalá le guste la carne, cortar carne, tocarla, tratarla con sus dedos expertos.

A ti tu trabajo te dijo otra cosa, y tú, rebelde, le hiciste caso, le haces caso, le harás caso. ¿Adónde coño lleva la vida?

Lleva un guante de metal. Al principio no pensabas que fuera de metal, en contra de toda lógica. Al principio te llamaba mucho la atención este guante.

Al principio.

«Es de acero. Ahora es obligatorio. Cuesta más de ochenta mil pesetas... » Parece un jugador de golf, piensas. El hombre está incómodo por tener que usarlo. Prefiere el riesgo de llevarse un dedo a soportar ese apéndice.

«Sacrifican la calidad por la seguridad, la calidad del corte», dice, profesional. ¿Cuánto costaba el guante? No recuerdas si lo

dijo así, en pesetas, o en euros... Eso parece no tener importancia. ¿A quién le importa algo así? A ti te importa, y te molesta que tu memoria, tan portentosa (te asustas de la palabra, megalómana), para otros asuntos, pueda ser tan pobre, tan débil, en este tipo de detalles. A lo mejor no quieres hacer el cálculo de lo que son “más de ochenta mil pesetas” en euros.

Divagas.

Antes la compra la hacía ella. Rara vez la acompañabas, y eras muy torpe moviéndote entre los pasillos congelados de los grandes almacenes. Este es un mundo nuevo que se ha abierto para ti. Ella te abre mundos nuevos después de muerta. La idea te parece sencilla, bonita, inconsistente, infantil, pero te sujetas a ella. A estas ideas te reduces ahora, te has reducido, te han reducido.

El carnicero es un hombre joven, no tan joven, pero sigue siendo joven. Es grande, pero no es gordo. Moreno. Su cara refleja cierto desapego, indiferencia, y al mismo tiempo una profesionalidad sin límites. Se debe aprender mucho en ese rectángulo de unos cuantos metros cuadrados en medio de unos grandes almacenes, ofreciendo carne, escogiendo carne, cortando carne, vendiendo carne. Los trabajos no son unos mejores o peores. Todo depende de cada uno y de la circunstancia, de tantas cosas, sonrías.

No ha visto tu sonrisa.

Estudiar. ¿Estudiar el qué? ¿Estudiar modelos ideales para luego transmitirlos? ¿Quién se cree esa estupidez? ¿Quién marca la idealidad de esos modelos? ¿Perfeccionarlos, superponer más

palabras a las palabras, “ideas”, es decir, “vacíos”? ¿Preparar trabajos que no dicen nada nuevo a lo que ya no era nada nuevo? ¿Explicar lo de antes y lo de ahora a unos muchachos que en el mejor de los casos te miran con indiferencia o incredulidad? Indiferencia e incredulidad, qué dos palabras más perfectas para describir tu estado durante tanto tiempo, tanto tiempo... ¿Alguien nos ha explicado lo que es el tiempo? Utilizamos un lenguaje que no sabemos lo que significa.

Eso no es mejor que cortar carne. Todos los oficios son sublimes si estamos dispuestos a que lo sean, a vestirlos con el traje que pone en la etiqueta (se la hemos puesto nosotros): sublime. No, mejor: SUBLIME.

Piensas en los políticos. Te asombras de lo que puede dar de sí una visita al carnicero, en un espantoso centro comercial que ejemplificaría mejor que nada en el mundo aquello del ser y la nada, la identidad invisible, ¿inexistente?, del ser humano... Piensas que esto se lo deberías contar a tus alumnos, para reforzar su incredulidad y su indiferencia, en el mejor de los casos.

Presidente del gobierno. ¿Es más sublime, SUBLIME, más realizador, estupenda palabra, que estudiar filosofía y volcársela en un paralelepípedo (¿se decía así?) de ladrillos, cemento, dentro de otro más grande llamado Facultad, inserto en un parque de casitas que tiene por nombre, altísimo nombre, Universidad? ¿Es mejor que cortar carne?

Nada es mejor que nada.

Qué gozo ver cómo los dedos se mueven, se detienen, como si escondieran algo, como si lo mostraran en alarde, soltando lo que hay que soltar, sujetando lo que hay que sujetar, enguantados en acero, mientras el cuchillo hace un trabajo independiente, que es el mismo.

No crees en el absurdo, pero entiendes que la vida se empeña a cada segundo, a cada fracción de segundo, por demostrarte que el absurdo es la única realidad, y que aceptándolo, y viviendo como si no existiera, quizá (“quizá” es la salvación de tu filosofía personal, quizá de tu propia vida, tu propia entera vida, con todo el énfasis) quizá podríamos ser felices.

Como si nada importara. Pero ¿importa algo?

Tienes unas mínimas ideas de lo que debes llevarte a casa, siguiendo el régimen que te impuso ella. El hombre te ha ayudado. Tendrá costumbre de atender a personas como tú, desorientadas, ignorantes del tema. No se puede imaginar que tú estás desorientado en muchas otras cosas, pero él también lo está y no se lo cuestiona ni se preocupa de ello. ¿O sí? Vive, seguramente, apesadumbrado por esa desorientación, pero no lo sabe. O quizá no. Mejor no pienses demasiado.

Recoges el paquete que te entregan. Es una bolsa de plástico con un envoltorio de papel dentro. El papel recoge carne, filetes, los que el recuerdo de ella y la sabiduría del carnicero te permitirán decir: «Misión cumplida».

Pero tú no dices esas tonterías. Ojalá las dijeras. ¿Las piensas?

Cuando te despidas del hombre, al que ya tienes un extraño cariño, dentro de su incredulidad y su indiferencia, que envidias, te vas diciendo a ti mismo: «Si tú supieras todo el material de estúpideces sublimes, SUBLIMES, que gracias a nuestro encuentro, he podido reunir, crear».

Esto de crear te hace sonreír, una vez más.

Y también te vas diciendo que no debe de ser tan mala tu nueva vida cuando en menos de cinco minutos has sonreído dos veces.

Tu compañero. Tu amigo. Algo mayor que tú, no mucho. Os conocéis desde hace muchos años. Cree conocerte, pero como él trabaja con las mismas preguntas de ida y vuelta que tú, puede que crea que no te conoce, aunque sepa mucho de ti, porque nadie, nunca, puede llegar a conocer a nadie.

La cafetería de la Facultad. Se trabaja más aquí que en ningún despacho, y no por lo que se dice o se hace, sino por lo que se calla. Estímulos brotan en torrente dentro de ti, y también, supones, de otros, con las trivialidades más triviales. Aparte de pistas de investigación, colaboraciones en cierto modo desinteresadas, en cierto modo muy interesadas. Así funciona, y no está mal.

Te ve raro, pero lleva media vida viéndote raro. Y sabe que acabas de perder a tu mujer: eso afecta a cualquiera; tiene que afectar. Si no seríamos robots. ¿El hombre no será la especie robótica más sofisticada, tanto que niega su propia condición robótica, se rebela contra ella? Ves cómo la cafetería es un taller filosófico, universitario, inmejorable.

Hay una cena de profesores, compañeros, y sus parejas, si existen tales parejas, dentro de unos días. Te lo cuenta. A ti no te hace especial ilusión. Nunca te han hecho especial ilusión esas reu-

niones de colegas en que supuestamente no se va a hablar del trabajo, el objeto de trabajo, los entresijos del trabajo, desde la actualidad a los tiempos de los presocráticos o antes... y al final solo se habla de eso. De eso y del nuevo colegio del hijo de Menganito y Fulanita, el coche de otro Menganito que acaba de decir «se acabó esta vida de explotación» y se queda parado. De mil sinsentidos. Pero la raíz, el núcleo y la columna vertebral de esas reuniones son los presocráticos, antes y después. Estamos programados, piensas, piensas muchas veces, y seguimos negando nuestra condición robótica. No eres un sacrílego, sientes un respeto indiferente (ya se nota que en tu vida, y más ahora, sobre todo ahora, la indiferencia es clave, en ti y en los demás, como un recurso para la interpretación del mundo), pero se te ocurre que los creyentes, los que dicen que un dios, o Dios, creó el universo, y al hombre y a la mujer, que son otros dos universos, para bien y para mal, están afirmando su condición robótica. Nunca explicarás esto, te da mucha pereza. Complicado, llevaría tiempo. Pero lo crees. En cualquier momento podrías dejar de creerlo, pero por ahora no.

Él bebe su cerveza. Tú bebes tu cerveza (bebes cerveza y nunca te ha gustado demasiado; cualquier día tendrás que preguntarte por qué y tomar una decisión). Él te mira. Hay amistad en su cara, pero sobre todo hay piedad. No te ve bien, pero ya hemos dicho que lleva media vida viéndote, más o menos, así.

No, no te hace gracia la cena. Y menos te la haría si supieras que la han organizado tus compañeros para que no te sientas solo, para que aceptes, consciente o inconscientemente, que ellos están

ahí, que están contigo, que no te abandonan, que lo peor son los primeros meses (¿eso es lo peor?), y que te van a ayudar a pasarlos. Cada uno ayuda a su estilo y como puede.

Te hace un comentario, para animarte, porque esos comentarios los hacéis, sobre una alumna común. «Es guapa», dices. Se sorprende, aunque no dice nada. En esos temas tú siempre has sido más entusiasta, expresivo.

Deja el tema cuando aún no ha empezado.

Te habla de un libro que está leyendo. Ahí sí entras en juego. Es terreno conocido (también lo era el de la alumna), no peligroso, aunque todo sea peligroso si quieres que lo sea. Tú le hablas de otro del mismo autor que leíste hace años. La conversación empieza con una gran valoración de ese autor, de todo lo que dice, pero después esa misma conversación niega, concluye que es decepcionante. Te pregunta si estás preparando algo, y en tu caso es claro, escribir un artículo, un libro.

«El libro que yo podría escribir ahora tendría que hacerlo otro por mí».

Simplemente eso. Podrías haber añadido: «Una persona muy determinada, una persona que no existe, es imposible que exista, porque tendría que ser yo sin ser yo».

Dado que yo no lo quiero escribir. O no puedo. Ese hubiera sido un buen remate, pero quedó en el aire asfixiante de tu cerebro.